

ROSE

NAOMI
ALDERMAN

NATALIE
HAYNES

KATE
MOSS

AGATHA

MISS MARPLE
DOCE CASOS
NUEVOS

CHRISTIE

JEAN
KNOX

ELLY
GRIFFITHS

LUCY
EVERY

VAL
McDERMID

LEIGH
BARDUGO

DREDA
SAY MITCHELL

ALYSSA
COLE

MARK
RUTH

KAREN M.
McMANUS

MISS MARPLE
DOCE CASOS NUEVOS

MISS MARPLE
DOCE CASOS NUEVOS

NAOMI ALDERMAN
LEIGH BARDUGO
ALYSSA COLE
LUCY FOLEY
ELLY GRIFFITHS
NATALIE HAYNES
JEAN KWOK
VAL McDERMID
KAREN McMANUS
DREDA SAY MITCHELL
KATE MOSSE
RUTH WARE

Traducción de Albert Fuentes Sánchez


ESPASA

Sumario

Introducción	9
El mal en los sitios más pequeños – Lucy Foley	11
Una segunda muerte en la vicaría – Val McDermid	47
Miss Marple conquista Manhattan – Alyssa Cole	69
Destejiendo – Natalie Haynes	109
Las Navidades de Miss Marple – Ruth Ware	139
Una mente abierta – Naomi Alderman	177
La Emperatriz de Jade – Jean Kwok	207
Una boda letal – Dreda Say Mitchell	239
Asesinato en Villa Rosa – Elly Griffiths	277
Madera de asesinos – Karen M. McManus	305
El misterio del suelo ácido – Kate Mosse	343
La desaparición – Leigh Bardugo	381
Sobre las autoras	417
Referencias a las novelas de Miss Marple y otras claves	423

El mal en los sitios más pequeños

Lucy Foley

—**A** veces me pregunto si el mal no se concentra en los sitios más pequeños.

—¿Qué quieres decir, Jane? —Prudence miró a su antigua compañera de colegio, que estaba sentada en una butaca frente a ella con una copita de aguardiente de cerezas en la mano. Bajo el resplandor amable y cálido de la lumbre, los rastros de la vejez se desdibujaban de forma halagadora. Jane Marple estaba muy poco cambiada, en los detalles importantes, con respecto a cómo había sido de niña. Sus gestos rápidos, como de pájaro, la mirada inquisitiva y despierta, la impresión de que era dueña de una inteligencia serena y quizá incluso formidable.

Justo cuando Miss Marple se disponía a responder, un petardo estalló en la oscuridad exterior, seguido de una serie de chillidos y alaridos que parecían salidos de las mismas fauces del infierno. Alguien había empezado a tocar un tambor. La criada de Prudence había corrido las cortinas a las cuatro en punto de la tarde, de modo que ninguna de las dos pudo ver qué ocurría fuera. La casa Fairweather —imponente, de estilo georgiano— daba a la calle principal de Meon Maltravers. Y fuera, bajo el crepúsculo, justo al otro lado de las ventanas, se estaba congregando una muchedumbre de aspecto hereje.

Miss Marple volvió a tomar la palabra cuando el clamor en la calle amainó un poco.

—De todos es sabido que en las ciudades, grandes y pequeñas, abundan los delitos, por supuesto. Y la prensa se empeña en que no nos perdamos ni un solo detalle macabro, pero me pregunto si no ocurrirán cosas más terribles en los pueblos y aldeas de Inglaterra que en sus metrópolis.

Prudence torció el gesto.

—Bueno, no me parece que sea el caso de Meon Maltravers. Este sitio es muy respetable.

Meon Maltravers era un pueblecito compuesto de casas de tejados rojos y fachadas de piedra que se habían construido al buen tuntún a lo largo de los siglos siguiendo sus calles adoquinadas y empinadas, con vistas elevadas sobre las blancas colinas de los South Downs que se extendían hasta la costa. Miss Marple no había albergado la menor duda de que parecía un sitio respetable cuando había llegado al pueblo unas horas antes, aún bajo la luz del día. Pero ahora había caído la oscuridad. Y justo en ese instante estallaba una nueva ronda de bramidos y gritos en la calle.

Miss Marple arqueó las cejas.

—¿Estás segura?

Prudence hizo un gesto con la mano.

—Son solo unos alborotadores del pueblo. Completamente inofensivos. Aunque siempre has tenido una imaginación muy oscura, Jane.

—No es mi imaginación, querida. He sido testigo de ello... —Miss Marple estuvo a punto de añadir «de primera mano» y mencionarle algunas de sus experiencias durante los años anteriores, pero, de nuevo, se oyó una pequeña explosión en la calle. Una interrupción bienve-

nida, quizá. Hablar demasiado del mal terminaba poniendo incómoda a la gente, incluso si se era una persona con la fortaleza mental de Prudence.

En vez de ello, aprovechando el siguiente momento de calma, Miss Marple dijo:

—Todo el mundo está enterado de lo que hacen sus vecinos; ahí reside parte del problema. Da pie a todo tipo de malentendidos y rencores. También tenemos el aburrimiento. No hay cines, ni teatros, ni restaurantes; la gente no puede evadirse de la rutina. Es probable que esos actos terribles se cometan sencillamente porque la gente no tiene nada mejor que hacer..

Prudence frunció el ceño en un gesto de disgusto y dijo con su mejor voz de delegada de la clase (que era justo lo que había sido hacía muchísimos años):

—Me he sentido muy bien acogida aquí desde que perdí a mi pobre George hace quince años. Lo cual no es poco, teniendo en cuenta que de soltero vivió aquí durante muchos años antes de que Alice y yo llegáramos a su vida.

Miss Marple miró la repisa de la chimenea.

—La tomaron en Noruega, ¿no?

La fotografía mostraba a una Prudence más joven, junto a Alice, la hija de su primer matrimonio, y el difunto George Fairweather. Era la última ocasión en que Miss Marple y Prudence habían estado juntas: en un crucero por los fiordos noruegos. George Fairweather, bastante mayor que Prudence, transmitía en ese viaje una imagen de fragilidad, con sus andares inseguros y la tez manchada como una manzana que ha tirado el viento y se pudre en el suelo. En cuanto a Alice, Miss Marple recordaba a una muchacha bonita vestida con una ropa que parecía demasiado lujosa para alguien tan joven.

—¿Dónde vive ahora Alice? —preguntó Miss Marple.

—Oh, justo al lado del pueblo. Siempre hemos tenido una relación más estrecha de lo que es habitual entre madres e hijas. Se casó con un propietario de la zona, sir Henry Tyson. Son las estrellas de Meon Maltravers...

Miss Marple soltó una tosecilla.

—¿De verdad te has integrado aquí? Según mi experiencia, en estos sitios suelen considerarte un recién llegado durante varias décadas antes de que terminen de aceptarte en el rebaño. Quince años son como un abrir y cerrar de ojos.

Prudence se incorporó en la butaca.

—¡Me han elegido presidenta del consejo parroquial, Jane! —exclamó como si con eso zanjara la cuestión—. Y sin duda soy de la vieja guardia si se me compara con nuestra última incorporación, la nueva directora del coro. La mujer se ha instalado de alquiler en Badger's Rest, un engendro de estilo Arts and Crafts en las afueras del pueblo, y circulan todo tipo de conjeturas sobre ella.

Miss Marple se inclinó hacia delante.

—¿Qué tipo de conjeturas?

—Para empezar, es extranjera. Francesa. Joven, o por lo menos no llega a los cuarenta. De una edad más parecida a la de Alice, de hecho. Y en sus tiempos fue una cantante de ópera bastante conocida, pero se cuenta que tuvo un problema en las cuerdas vocales y se vio obligada a abandonar los escenarios. De todas maneras, ha levantado suspicacias. Una mujer sola, no hace falta que te lo explique. Yo, por supuesto, no hago caso a las habladurías.

Miss Marple asintió.

—Por supuesto.

—Pero Christopher Palfrey, nuestro poeta local, que además es un tenor de gran talento, publicó hace poco su último libro y se lo dedicó a «La Hechicera del Canto». Puedes figurarte cómo le sentó a su esposa, Annabelle, a la que nadie en su sano juicio se imaginaría como una «hechicera», sea del tipo que sea. Me parece a mí que es un poco de izquierdas, ¿sabes? Siempre incordiando, siempre oponiéndose a algunas de las sugerencias más sensatas que se plantean en el consejo parroquial, lo que me resulta muy cargante. Y, por lo visto, la mujer está que trina, porque nadie la ha visto sonreír desde hace varias semanas... Aunque tampoco es que sea sorprendente viniendo de ella.

—Me pregunto por qué eligió vivir aquí —pensó Miss Marple en voz alta—. Me refiero a la directora del coro. ¿Siendo extranjera y soltera? ¿Venir a este sitio perdido de la mano de Dios? Parece extraño, ¿no crees?

—Tampoco es que esto esté tan perdido de la mano de Dios —dijo Prudence secamente—. Tenemos un tren directo a Londres y una estación que no es un simple apeadero. Tú misma lo has podido comprobar.

Miss Marple había querido visitar los jardines de Honnington Manor. Bunch Harmon le había cantado las alabanzas de los arces japoneses y su magnífico despliegue otoñal en esa época del año. Era una excursión demasiado larga para hacerla en un solo día, pero Miss Marple había recordado que Prudence, cuando habían coincidido en aquel crucero, le contó que no vivía muy lejos de allí. Y le había escrito para proponerle un reencuentro. En la escuela no eran lo que se dice amigas del alma, pero esa mujer siempre le había despertado cierta curiosidad y había pensado que podría ser una visita interesante.

—En fin —continuó Prudence—. Esta noche tendrás la ocasión de conocer a Celia Beautemps, la directora del coro. El ensayo se hará en su casa, porque están reparando el tejado de la iglesia. Y con un poco de suerte podrás volver a ver a Alice: es una de las contraltos del coro. Eso siempre que pueda escaparse de casa. Ella y Henry tienen animales: ovejas y cerdos. —Luego, por si acaso Miss Marple desdeñaba aquella ocupación profesional, añadió—: Henry es todo un terrateniente, por supuesto. Pero eso no quita que deba encontrar la forma de hacer que toda esa tierra le dé réditos.

—¿Esta noche?

—¡Sí! En el ensayo del coro, por supuesto. Estoy segura de que te lo comenté, ¿no? Tenemos mucho que ensayar antes del primer domingo de adviento, y ya falta muy poco.

No era el plan que habría preferido Miss Marple. Un rato al calor de la lumbre, hacer un poco de tejido... Justo acababa de empezarle un jersey de rombos a su sobrino Raymond para regalárselo en Navidad.

—Además, recuerdo que tenías una voz preciosa de soprano, Jane —dijo Prudence—. Fuerte y cristalina. Así que si quieres sumarte al coro...

—Ha pasado una eternidad desde que cantaba en el coro de la escuela, querida. Me encantará sentarme a un lado y verlos.

En ese instante, una racha de viento descendió por la chimenea y una lluvia de chispas estalló sobre la alfombra que protegía el suelo delante del hogar. Miss Marple miró profundamente las llamas como si hubiera atisbado algo escondido en su interior. Prudence se fijó en dónde miraba.

—¡Ese fuego está bajísimo! ¡Voy a llamar a la criada de inmediato!

—No, no —dijo Miss Marple levantando una mano—. No tengo frío.

Pero Prudence se había vuelto para hacer sonar la campanilla. La criada apareció al cabo de unos segundos.

—¡Echa más leña! Y date prisa, muchacha.

Miss Marple contempló cómo las llamas envolvían los leños que la criada había colocado encima de la lumbre. Ahora tendría demasiado calor. Ese era uno de los problemas de hospedarse en casas ajenas. Miss Marple se había impuesto la norma de no hacerlo. Nada era tal cual lo harías tú misma.

—Esa chica es una tontaina —dijo Prudence, suspirando, cuando la criada se hubo retirado—. No es fácil dar con una buena criada hoy día.

—Te recuerdo diciendo lo mismo la última vez que nos vimos, Prudence.

—Desde luego. George se comportaba como un bobo con el servicio. Se empeñó en darle clases de conducir al mozo y, aunque en otras ocasiones podía ser muy cicatero, pagó la educación de la hija de nuestra antigua ama de llaves; pensaba que la chica tenía talento y no quería que se pasara el resto de su vida trabajando de fregona. También corrió con los gastos de las vacaciones de nuestro mayordomo en Brighton. Esas actitudes hacen que el servicio te pierda un poco el respeto, si quieres que te lo diga.

Miss Marple no pudo evitar que esa demostración de señora de la mansión la divirtiera un poco, pues venía de la hija de un verdulero que había ido a la escuela con una beca que cubría todos sus gastos. Miss Marple también sabía que, terminados los estudios, había contado

durante varios años con distintos empleos relativamente humildes como institutriz o bibliotecaria. Había conocido a su primer marido, un farmacéutico que casi le doblaba la edad, trabajando como su ayudante, y luego había conocido a George siendo una joven viuda, mientras trabajaba como su secretaria.

—Por supuesto —dijo Prudence—, dejé que varios domésticos hicieran las maletas cuando George empezó a padecer problemas de corazón y luego ya no los reemplacé porque, sencillamente, era demasiado costoso mantener un servicio completo... ¡Madre mía! —exclamó dejando la frase a medias al tiempo que echaba un vistazo al reloj que colgaba de la pared—. Más vale que nos pongamos en marcha o llegaremos tarde.

Unos instantes después salían juntas a la calle, sumiéndose en el fresco aire del mes de noviembre, ciñéndose bien los abrigos en torno al cuerpo. Se toparon con un tropel de figuras enmascaradas que desfilaban frente a la puerta de la casa. Parecían salidas de un cuadro medieval: demonios y poseídos que llegaban para llevarse a los pecadores. El olor punzante del queroseno quemado se les adhería a las gargantas. Algunos de esos demonios tocaban tambores. Todos llevaban antorchas encendidas y varios grupos transportaban figuras de papel maché de tamaño real con facciones espantosamente deformadas: cabezas descomunales y ojos saltones, ataviadas con los ropajes y sombreros rojos de los cardenales católicos. Un extraño zumbido de energía los envolvía. Parecía peligroso, incluso inflamable, como si en cualquier instante el mismo aire pudiera entrar en combustión. Miss Marple se detuvo un instante para observar-

los: formaban un espectáculo fascinante y repulsivo a un tiempo.

Haciendo caso omiso del gentío, Prudence le indicó que la acompañara con un ademán propio de sus tiempos de delegada escolar.

—Por aquí.

Tuvieron que abrirse paso entre la muchedumbre. Miss Marple se sintió zarandeada varias veces e incluso en una ocasión habría jurado que alguien le propinaba un fuerte empujón con la mano para apartarla, provocando que casi perdiera el equilibrio. A esa gente parecía importarle un rábano que entre ellos hubiera una pareja de ancianas. Oyó el crepitar de las antorchas de queroseno meciéndose sobre los rostros enmascarados, notó el calor de las llamas en las mejillas, sintió también un pequeño escalofrío de inquietud al verse atrapada entre todas esas figuras porfiadas y anónimas que se movían como un solo cuerpo, como una manada o un ejército saqueador.

—No lo entiendo —dijo Miss Marple a Prudence cuando por fin lograron vadear la riada de cuerpos y se hallaban ya en la otra acera de la calle—. La Noche de Guy Fawkes fue hace dos semanas. Encendieron una hoguera en el descampado de St. Mary Mead. El doctor Haydock donó varias bengalas y Griselda Clement, la esposa del vicario, llevó un vino especiado... ¿Cómo se llamaba? Era una palabra extranjera. *Glühwein*, sí, eso era. Delicioso, aunque quizá demasiado cargado de canela. Por supuesto, no tardé mucho en marcharme de la fiesta. Hacía demasiado frío.

—Ah —repuso Prudence—, pero aquí en Meon Maltravers todo lo hacen a su manera, un poco como en Cornualles. Los festejos de esta noche no conmemoran la

muerte de una banda de rebeldes católicos, sino la inmolación de diecisiete mártires protestantes en la cruz del pueblo. Por eso queman a los cardenales, las figuras que acarrear. Supongo que podría decirse que es una especie de venganza, aunque hayan pasado varios siglos.

—Venganza —dijo Miss Marple, casi para sus adentros—. Venganza y ajuste de cuentas. Eso es algo que también suele darse en sitios pequeños y perdidos de la mano de Dios.

—Bueno, aunque las cuentas que se ajustan aquí tengan muchos siglos, son sobre todo los jóvenes del pueblo los que participan de la fiesta. Y qué quieres que te diga —Prudence dirigió una mirada de reproche a los festejos—, la religión no tiene nada que ver con todo esto. De hecho, me parece muy oportuno que vayamos esta noche al ensayo del coro. Seremos un baluarte de rectitud cristiana entre toda esta turbamulta de descreídos.

Avanzaron por la calle mayor del pueblo, alejándose de la muchedumbre y el ruido hasta que llegaron a las afueras.

—Por aquí —indicó Prudence—. Atajaremos por el bosque. Es la forma más rápida de llegar a la parte trasera de la casa. —Sacó una linterna pequeña y la encendió.

La calle se había ido estrechando hasta convertirse en poco más que un sendero que desfilaba entre dos frondosos muros de árboles. Tras ellas, la luz de las farolas había desaparecido prácticamente del todo, pero la luna llena se filtraba en dedos de luz entre las enmarañadas ramas de los árboles, y el haz de la linterna de Prudence avanzaba delante de ellas dando saltos sobre el suelo. Debían de ser las cinco, más o menos, pero parecía mucho más tarde. Asimismo, era difícil creer que apenas a unos cien metros hubiera calles y tiendas atestadas, rui-

do y luz. Oían cada paso que daban, cada ramita que pisaban en el suelo. De entre los matorrales surgían los crujidos secretos de animales nocturnos.

—¿Falta mucho? —preguntó Miss Marple, evitando con cuidado la raíz de un árbol que asomaba en el centro del sendero.

—Solo un poquito más. Entraremos por la puerta trasera, que es más rápido. El camino de acceso es muy largo, pero se llega desde el otro extremo de la calle mayor. Pronto verás las luces de la casa. Esa francesa las deja encendidas toda la noche, lo que ha levantado algunas ampollas en la asociación de ornitólogos aficionados del pueblo. Están convencidos de que ha espantado a todas las lechuzas blancas. La verdad es que esa mujer ha alborotado el gallinero.

—Y a las lechuzas —dijo Miss Marple.

—No, Jane —contestó Prudence—. La frase hecha es alborotar el...

Se interrumpió de golpe cuando un chillido animal que parecía proceder de otro mundo partió en dos la noche. Cuando cesó, su eco pareció rebotar entre los árboles que las rodeaban un buen rato.

—Qué extraño —dijo Prudence—. Parece que deben de quedar algunas lechuzas después de todo. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Celia Beautemps también se ha granjeado la antipatía de la mayoría de los integrantes del coro. Te he hablado ya del matrimonio Palfrey, ¿no? Luego, tenemos al coronel Woodage, que canta las partes de bajo y odia todo lo que suene a francés. Un hijo suyo perdió ambas piernas mientras trataba de rescatar a un grupo de desertores galos durante la guerra, figúrate. Y por motivos evidentes también ha enfadado a la señora Prufrock, que ha sido la directora del coro durante

los últimos treinta años. Creemos que el reverendo Peabody está fascinado con ella, porque echó a la pobre señora Prufrock por las buenas.

—Me parece a mí que, el problema, esa señora debería tenerlo con el reverendo, más que con su sustituta.

—Es posible. Pero es que, para colmo de males, Madame Beautemps se ha empeñado en que la señora Prufrock no cante la voz de soprano, porque ya no llega a las notas más altas. Y luego está Gordon Kipling, el encargado de cuidar de la jauría para la caza del zorro que celebramos aquí, y que también es bajo en el coro. El hombre vive un poco más adelante, detrás de esos árboles, y está convencido de que Celia le ha matado tres perros. Dos días después de que ella se quejara de sus ladridos, los perros comieron matarratas y murieron. Y luego...

De pronto Prudence soltó un grito nada habitual en ella. Todo ocurrió muy deprisa. No vieron la figura hasta que casi la tuvieron encima, como si la oscuridad la hubiera escupido. Enmascarada, echándose sobre ellas a toda velocidad en dirección opuesta. Prudence estaba justo en la trayectoria de la aparición. Hubo un instante de indecisión, en el que la figura enmascarada pareció contemplar la posibilidad de rodear a Prudence. Entonces, Miss Marple vio una mano que se levantaba de golpe. Un segundo después, Prudence cayó al suelo, la linterna salió volando de su mano y la luz se apagó con un ruidito. Y al cabo de unos escasos segundos más la figura había desaparecido. Volvían a estar solas.

—¡Prudence! —Miss Marple fue corriendo hacia su amiga y, con cierta dificultad, la ayudó a ponerse de pie—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—No... No lo sé —dijo Prudence, algo conmovida—. A ver, sí, creo que estoy... bien. Eso quiero decir. Solo... solo necesito tomar aire. ¡Me ha empujado, Jane! ¿Lo has visto?

—Sí, sí. He visto... ¡una aparición espantosa! ¿Crees que debemos avisar a la policía? He visto la comisaría en la calle mayor...

—No —respondió Prudence valerosamente—. No quiero armar un lío. No me he roto nada. Y a estas alturas ya se habrá perdido entre la multitud. La policía nunca lo encontrará. Solo te pido que me tomes del brazo. Ya estamos a punto de llegar. —La indiferencia con la que Prudence había encarado lo ocurrido parecía milagrosa, pero su amiga siempre había estado hecha de una pasta muy dura.

Miss Marple se agachó para recoger la linterna. Al hacerlo, encontró algo a su lado, tirado en el sendero: en la oscuridad le pareció que se trataba de una piedrecita diminuta y pálida. La recogió y se la metió en el bolsillo.

No tardaron en llegar a la parte trasera de la casa. Unos compases musicales flotaron hasta sus oídos: la famosa aria «Un bel di», de *Madame Butterfly*, si Miss Marple no se equivocaba. Todas las lámparas —incluidas las luces exteriores— estaban encendidas, brillando en la oscuridad. Una puerta vidriera de dos batientes permanecía abierta de par en par. Bajo su marco vieron una silueta recortada contra la luz de la escena que tenía a sus espaldas. Era una figura sin facciones, quieta como una estatua. Cuando se acercaron un poco, Miss Marple pudo distinguirla. Una criada, muy joven; su rostro era una máscara de espanto. Entendió en ese mismo instante

que el chillido que habían oído no procedía de una lechuga blanca.

—Ay, señoras. Señoras... Ha pasado algo horrible.

—¿Qué ocurre, niña? —De pronto Prudence había adoptado una actitud práctica. Miss Marple recordó sus comentarios anteriores. Hay que tratar a los criados con mano dura. Enseñarles lo que vale un peine—. Vamos, desembucha.

La chica señaló con un dedo tembloroso la estancia que tenía a sus espaldas.

—Sé que no debo molestarla cuando está en el estudio. Y la música del gramófono sonaba tan fuerte... que no he oído nada. Se habrán colado por la puerta vidriera. No... no me lo puedo creer.

Un gran escritorio de nogal ocultaba la mitad de la alfombra. Lo único que acertaron a distinguir fue un pie pequeño, calzado con un delicado zapato de gamuza verde. El resto de la escena se les reveló cuando rodearon el escritorio. El chal de la mujer —una pieza muy teatral de cachemira verde esmeralda— estaba extendido en el suelo, en torno al sitio donde había caído. A primera vista, parecía que el chal tenía un estampado de color borgoña. Sin embargo, cuando lo miraron de cerca, vieron que se trataba en realidad de sangre, y no poca, que había empapado el tejido, procedente de una pequeña hendidura de aspecto profundo justo por encima de la clavícula de la mujer. No cabía duda de que estaba muerta.

Las tres se quedaron calladas un instante, contemplando perplejas el cuerpo tendido en el suelo. Miss Marple vio que la muerta tenía una nota agarrada en una mano. En la otra, sostenía un sobre en blanco. Sin tocarla, leyó el texto, impreso en mayúsculas:

TE CONOZCO.

SÉ QUIÉN ERES REALMENTE.

PAGA LO QUE DEBES O TODOS SABRÁN LA VERDAD.

Miss Marple no pudo evitar fijarse en la mano que sujetaba el sobre. Siempre se fijaba en las manos. También en las uñas. Hacía un tiempo se había visto involucrada en un incidente con unas uñas de por medio. Reparó ahora en que las de Celia Beautemps eran feas y deformes, gruesas y amarillentas. No era la primera vez que veía unas uñas así; solo tenía que recordar dónde. Estaba despeinada, con algunas hebras que escapaban del moño. Miss Marple pudo distinguir las raíces castaño claro debajo de una capa de tinte negro.

—¿Has llamado a la policía, niña? —inquirió Prudence.

La criada se retorció las manos.

—No, señora. No lo he pensado. Estaba muy asustada...

—Ve ahora mismo a hacerlo. Necesitamos que vengán enseguida. —Prudence echó un vistazo al reloj del estudio—. Las cinco y media. Los demás cantantes no tardarán en llegar.

Como si fuera una respuesta, se oyeron unos golpes repentinos y fuertes en la puerta. Prudence envió a la criada a abrir.

—Yo llamaré a la policía.

Miss Marple se quedó sola con el cadáver durante unos instantes. Pensó que disponía del tiempo justo para hacer una evaluación rápida del estudio, sin que nadie la molestara, antes de que el caos se abatiera sobre la habitación. Volvió a echar un vistazo a la nota, y también al sobre. Se acercó a continuación al escritorio. Una pila de

sobres, en esta ocasión sin abrir, algunos estampados con las palabras: ÚLTIMO AVISO. Un libro de poesía, abierto por un poema titulado «Milady de Shalott».

Se acercó entonces a la pared para observar de cerca varias fotografías de Celia Beautemps en todo su esplendor, actuando en distintos escenarios, y algunos títulos enmarcados de la Escuela de Música Guildhall. Sobre la repisa de la chimenea vio una urna de hojalata, pequeña y de aspecto barato, junto a un retrato diminuto de una mujer ataviada con lo que parecía una cofia blanca, aunque era difícil estar segura porque la imagen era antigua y estaba enmohecida.

De pronto se dio cuenta de que ya no estaba sola en la sala. La joven criada había vuelto. Se fijó entonces en que la muchacha no solo semejaba asustada y conmovida por lo que había descubierto. También parecía sinceramente afligida.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —preguntó entre lloros.

—No lo sé, niña —le respondió Miss Marple—. Pero lo averiguaremos.

—Era un ama muy buena. No como otras para las que he trabajado. Me trataba como a una persona. Me compró unos guantes especiales para limpiar, incluso.

—Parece que era muy amable contigo.

—Lo era, señora. Pero en Meon Maltravers no hablan así de ella. Cuentan cosas horribles. Mi ama pensaba que alguien estaba esparciendo mentiras sobre ella. Historias para que la gente se pusiera en su contra. Pero decía que un día se las pagarían...

Dejó de hablar: alguien había irrumpido en el estudio. Era un hombre tirando a joven, pálido y muy guapo. Se paró en seco al ver el cadáver tendido en el suelo.

Miss Marple creyó que se trataba del poeta, Christopher Palfrey. Pisándole los talones, llegó un mujer alta de facciones angulosas y aspecto más bien temible. Debía de ser su esposa, Annabelle. En su estela, aparecieron un caballero canoso y esbelto con un poblado bigote y aspecto de militar, una vieja diminuta y apergaminada vestida con unas prendas de la década anterior y, por último, un hombre de mediana edad, apuesto y pomposo, con una elegante americana de tweed que le tiraba un poco de los botones. Todos parecían mirarse de reojo con un desagradable interés morboso.

La mujer apergaminada —con toda probabilidad, la antigua directora del coro— soltó un gritito. Sin duda, pretendía comunicar su espanto, pero curiosamente recordaba más bien a los chillidos de emoción que Miss Marple había oído en los niños que miraban los fuegos artificiales en St. Mary Mead.

—Madre de Dios —exclamó el caballero de tweed, que debía de ser, supuso Miss Marple, el encargado de los perros, Gordon Kipling—. ¡Alguien ha asesinado a la furcia!

—Calma, hombre —dijo el señor del mostacho.

—Lo siento mucho, coronel —respondió a toda prisa Kipling, por lo visto tan consternado por su propio arrebato como el resto de los presentes—. Aunque no me negará que la escena es impactante.

Sin duda para gran alivio suyo, todas las miradas se volvieron en ese instante hacia otro punto: un gemido grave, repentino, más animal que humano, el sonido de una criatura dominada por el dolor. Christopher Palfrey había caído de hinojos junto al cadáver.

—Está muerta —gimió, y sus palabras quedaron ahogadas por las manos con las que se cubría la boca—. Está muerta y yo la he matado.

Impresionados, los presentes guardaron silencio. Entonces, Annabelle Palfrey tomó la palabra.

—Por el amor de Dios —dijo, al tiempo que daba un paso hacia su marido y le ponía una mano que parecía más bien una garra sobre el hombro, con los nudillos blancos por la presión ejercida—. Ponte de pie, puñetero imbécil —le espetó entre dientes—. Ponte de pie de inmediato. Acuérdate de tu corazón. Nada de emociones fuertes, te lo dijo el doctor Briggs. —Tiró de él para levantarlo. Annabelle tenía las mejillas encendidas: quizá por el frío, o por un sobreesfuerzo físico reciente, o quizá tan solo por la rabia que sentía.

Acto seguido, se arrodilló junto al cadáver y le buscó el pulso en el cuello y en la muñeca.

—Tengo formación médica —dijo por toda explicación—. Conduje ambulancias en 1918.

Pero Miss Marple pensó que aquel gesto también podía tener por objeto justificar la presencia de sus huellas dactilares, si las hubiera.

—He llamado a la policía —anunció Prudence, entrando decidida en el estudio—. No tardarán en llegar. La comisaría está a solo unos minutos en auto. Y salgan todos de aquí, por favor. Esto no puede ser más macabro.

Al cabo de unos instantes oyeron un auto que se acercaba por el camino de acceso a la casa y, tan solo un par de minutos después, dos policías se reunieron con ellos en el estudio. De los dos, el más alto era a todas luces el de mayor rango. Parecía uno de esos policías que salen en las novelas de Raymond Chandler o en una película de cine negro: mentón prominente, gabardina, el sombrero inclinado sobre los ojos ensombrecidos. Miss Marple sospechó que se vestía de esa guisa para causar justo esa impresión. El efecto general quedaba ligeramente

estropeado por el hecho de que, cuando abría la boca, se le notaba un deje muy marcado de Sussex.

—Soy el inspector Eidel —dijo dirigiéndose a los reunidos—. Y me gustaría hacerles unas preguntas.

Al cabo de un rato, Miss Marple —que fue prácticamente la última a quien interrogaron— fue conducida a un saloncito por el policía de menor graduación. Este le indicó una butaca colocada frente al inspector.

—Jane Marple —constató el inspector Eidel, pero se interrumpió, quizá porque Miss Marple miraba más allá de él, a una ventana que daba al bosque. Entonces, el inspector dijo levantando la voz—: ¿Puede oírme, señora?

Miss Marple dio un respingo y clavó la mirada en él.

—Perfectamente, gracias.

—Su amiga me ha dicho que esta noche han sufrido un altercado con un enmascarado en el bosque. El hombre venía en dirección contraria, desde la casa, por el camino que lleva a la entrada trasera. ¿Es así?

—No del todo —respondió Miss Marple con jovialidad.

—¿Perdone?

Miss Marple inclinó la cabeza para hacerle saber que, sin lugar a dudas, lo perdonaba.

—Verá, para empezar no era de noche. Apenas eran las cinco de la tarde, aunque en esta época del año, cuando anochece tan temprano, es muy fácil olvidarlo, lo entiendo...

El inspector Eidel carraspeó de forma muy abrupta.

—Mis disculpas, señora. Solo era una forma de hablar...

—Sin embargo, diría que es de vital importancia ser

preciso con estas cosas desde el primer momento, ¿no cree? Usted, como buen policía que es, sin duda lo sabrá. Las palabras se las lleva el viento, pero pueden ser peligrosísimas y llevarnos al engaño. En fin, volviendo a su pregunta, sí, me encontraba aquí esta tarde. Y nos topamos con una persona enmascarada. Mi amiga fue empujada violentamente al suelo. Nos llevamos un susto de muerte. Y, para serle franca, diría que no había necesidad alguna.

—¿A qué se refiere?

—No estoy del todo segura. En cualquier caso, me pareció que el empujón era en especial rabioso. Tirar a una mujer al suelo de esa forma cuando esa persona habría podido rodearla. Fue como si quisiera trasladar un mensaje. Por supuesto, ignoro de qué mensaje se trataba.

—En fin, señora —dijo el inspector Eidel, tal vez pecando de condescendiente, pensó Miss Marple—, la persona de la que estamos hablando acababa de asesinar con toda probabilidad a una mujer. Así que tal vez no resulte tan sorprendente su actitud. Por desgracia, quienquiera que fuese, hace tiempo que habrá desaparecido entre la multitud que desfila hacia la cruz del pueblo. Tendremos que...

—No estoy tan segura —lo interrumpió Miss Marple—. Eso es lo que tal vez quiera que pensemos, por supuesto. Pero si suponemos que la persona enmascarada es el asesino que buscamos, y coincido con usted en que se trata de una suposición que podemos aventurar, entonces, a tenor de lo que afirma Prudence, muchas de las personas que tenían desavenencias con la víctima se encuentran ahora mismo en esta casa. ¿No lo ve? Habría sido una artimaña muy inteligente disfrazarse de parti-

cipante en los festejos. Y luego habría podido quitarse el disfraz en un santiamén, esconderlo en el bosque y volver a la casa con su vestimenta habitual para el ensayo del coro, como si no hubiera ocurrido nada. Así, según yo lo veo, si quiere que le dé mi opinión, inspector —el interpelado, por la cara que puso, dio la impresión de que entendía que no tenía alternativa—, habría que explorar en el bosque, cerca del sitio en el que Prudence y yo nos encontramos con la persona enmascarada que la agredió y buscar cualquier pista que haya podido dejar; ropa, por ejemplo.

El inspector Eidel se volvió hacia su subordinado, que estaba sentado en el borde de una *chaise longue* con un bloc de notas en las manos. Se produjo un intercambio mudo de pareceres entre ellos. El subordinado asintió.

—Voy a llamar a la comisaría de Honnington para preguntarles si nos pueden prestar a algunos hombres.

Eidel volvió a dirigirse a Miss Marple.

—Hemos encontrado una nota en la mano de la muerta.

—Lo sé. La he visto. Un mensaje muy amenazante.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad, Miss Marple?

—No, vivo en St. Mary Mead. ¿Ha oído hablar del pueblo? No es muy conocido. Es pequeño y muy bonito...

—Bien —la interrumpió Eidel—, supongo que le será difícil aventurar quién pudo habérsela enviado a la víctima.

—Ah, la respuesta a esa pregunta es muy fácil. ¡Nadie!

—¿Perdón?

Miss Marple volvió a inclinar la cabeza.

—El sobre nos lo dice todo, por supuesto.

—El sobre estaba en blanco, Miss Marple.

—¡De eso se trata! Más que en blanco, estaba intacto. Estaba sin usar. Lo que nos dice, en mi opinión, que nadie lo envió. Todavía no había encontrado a su destinatario previsto. La víctima fue la autora de la nota, su remitente. Estaba chantajeando a alguien. Y, cuando fue asesinada, se disponía a enviarla, claro, no a abrirla.

Hubo un largo silencio. Miss Marple pudo oír que Eidel respiraba fuerte por la boca. Finalmente, el inspector retomó la palabra.

—Otra cosa. Varios de los presentes se han referido a que Christopher Palfrey dijo...

El inspector miró entonces a su subordinado, quien carraspeó y leyó en voz alta de su bloc de notas:

—«Está muerta y yo la he matado».

Eidel se volvió de nuevo hacia Miss Marple.

—¿Es eso...?

—Cierto. Desde luego. Pronunció esas palabras.

—Gracias, Miss Marple.

—Pero no me parece en absoluto que fuera una confesión. Hay personas tan creativas... Mi sobrino Raymond es así, ¿sabe? Este tipo de personas tienen la mala costumbre de considerarse el centro del mundo y hacerse responsables de todo.

Eidel torció el gesto.

—¿Y le importaría decirme cómo ha llegado a esa conclusión?

—Palfrey dedicó un poemario a Celia Beautemps hace poco. Uno de los poemas se titulaba «Milady de Shalott». Un guiño a lord Alfred Tennyson, supongo. Tennyson es muy especial para mí, me gustan los poemas que riman de verdad..., aunque quizá eso no hace más que delatarme como la victoriana que soy. — Miss Marple frun-

ció el ceño—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! En la leyenda original, la señora de Shalott muere, como desde luego sabrá. Creo que es aquí donde el egotismo artístico del Palfrey entra en escena. Sin duda, nuestro poeta cree que, como imaginó muerta a Madame Beautemps en sus versos, de algún modo le envió a la parca. Así funciona la arrogancia del temperamento artístico, ya lo sabe. Mi sobrino peca de lo mismo, y se lo digo aunque sea mi ojito derecho.

—El temperamento artístico —repitió Eidel sin demasiado convencimiento—. ¿La... parca?

—Además, Palfrey no pudo ser el enmascarado que buscan.

—¿No?

—No, porque padece del corazón, ¡claro!

—¿Del corazón?

—Annabelle Palfrey le recordó que estaba enfermo del corazón cuando se alteró tanto al acercarse al cadáver. Y hablé con el coronel Woodage sobre ello mientras esperábamos a que nos interrogaran: me ha dicho que lo eximieron del servicio militar activo por su enfermedad. Por ello, me sorprendería mucho que hubiera podido correr por el bosque de esa forma.

Se produjo otro largo silencio.

—Gracias, Miss Marple —dijo Eidel a la postre—. Creo que de momento no necesitamos nada más. Si es tan amable de hacer pasar a... —Se volvió hacia su subalterno.

—Gordon Kipling —precisó el otro policía.

Miss Marple se reunió con el resto del grupo en el comedor de la casa. Al igual que el saloncito —y como las de-

más estancias que Miss Marple había podido atisbar—, transmitía la sensación de ser un espacio provisional y deshabitado. A diferencia de la suntuosa decoración de la casa Fairweather, por ejemplo, las dependencias de Madame Beautemps no parecían estar suficientemente amuebladas, pocas fotografías colgaban de las paredes y no había alfombras cubriendo el entarimado de madera. A la mesa se sentaban Prudence, el matrimonio Palfrey, la señora Prufrock, el coronel Woodage, Gordon Kipling y la criada.

Christopher Palfrey presentaba el mismo aspecto desastroso que cuando se había visto frente a la escena del estudio. Estaba sentado con el rostro lívido, temblando ligeramente, vencido hacia un lado. Su esposa, erguida como un palo de escoba, parecía darle apoyo y ser el único sostén que impedía que terminara resbalando de la silla para caer al suelo.

Miss Marple tomó asiento junto a Prudence y, como nadie hablaba, sacó su labor de costura.

—No me gustaba esa mujer —saltó el coronel, de pronto, poniendo fin al silencio—. Seré el primero en decirlo. Las cartas sobre el tapete. Y antes de que nadie diga nada al respecto les aseguro que no era porque fuera francesa. De hecho, creo que de francesa tenía lo mismo que yo. No niego que su acento fuera un poco peculiar. Algunas vocales sospechosas de vez en cuando. No, no me caía bien porque había... había algo en ella que me escamaba, algo que sonaba falso.

Miss Marple advirtió que la señora Prufrock, la antigua directora del coro, asentía con discreción. Ello le hizo recordar las palabras de la nota. «Sé quién eres realmente.» Pero si no le fallaba la intuición, y estaba segura de que no le fallaba, había sido Celia Beautemps quien

había acusado a otra persona de mentir. El coronel Woodage continuó:

—Me gusta que la gente se presente de forma sincera. Esa mujer no me parecía de fiar, pero jamás habría deseado su muerte. Espero que encuentren al canalla que le ha hecho esto.

—Mató a tres de mis perros —dijo Gordon Kipling—. Estoy seguro. Hay quien diría que se lo tenía bien merecido...

Se interrumpió cuando la puerta del comedor se abrió de golpe.

El policía de menor rango apareció en el umbral.

—Nos gustaría registrar todos sus efectos personales —dijo algo nervioso, como si estuviera haciendo una pregunta en vez de una afirmación—. Si tienen la bondad... No tienen por qué acceder a ello, pero... en fin... su negativa será tenida en cuenta.

Miss Marple se inclinó hacia Prudence.

—Eso significa que han hallado el disfraz, si no me equivoco. En el bosque. Pero no el arma homicida.

—¿Qué quieres decir, Jane?

—Oh, creo que el asesino, que fue también tu agresor, se encuentra por aquí. Y me parece que Eidel es de la misma opinión.

De uno en uno, fueron convocados de nuevo al saloncito. Miss Marple entregó su bolso a los policías y esperó a que registraran el contenido. Sabía que no encontrarían nada más allá de su material de costura, su cartera y unas sales aromáticas —habiéndose criado durante los últimos años de la reina Victoria, siempre llevaba consigo esas sales, ya que nunca se sabía cuándo podría necesitarlas—, pero aun así le resultó bastante degradante, incluso invasivo, ver a esos hombres toquetear

sus pertenencias. Terminado el registro, esperó fuera mientras Prudence era víctima del mismo trato. Finalmente, les dieron permiso para marcharse. Sin embargo, justo cuando desfilaban por la puerta principal de la casa, oyeron un ruido que parecía una mezcla de grito y aullido a partes iguales.

—¡Sáquenme las manos de encima! ¡Cómo se atreven! ¡Suéltenme, imbéciles! ¡Esto es un escándalo!

—Esa es Annabelle Palfrey —dijo Prudence, deteniéndose en el zaguán.

Miss Marple inclinó la cabeza.

—Sí. Me figuro que habrán hallado el cuchillo en su bolso y ahora estarán deteniéndola.

Prudence se volvió hacia ella.

—¡Jane! ¿Puede ser eso a lo que se refería Palfrey cuando dijo que él la había matado? ¿Entendió que su esposa la había asesinado después de descubrir que tenían una aventura?

Miss Marple iba a responder cuando las deslumbró el resplandor de unos faros que se aproximaban a toda velocidad. El auto frenó y se detuvo. La hija de Prudence, Alice, se asomó a la ventanilla, tan guapa como la recordaba Miss Marple, la viva imagen de la esposa de un terrateniente con un pañuelo de seda, un collar de perlas y una elegante chaqueta de tweed campera. Prudence y Miss Marple se acercaron a saludarla.

—¿Me he perdido el ensayo? —preguntó Alice—. Siento llegar tarde. Nuestra gatita persa se ha hecho daño en una pata... —Se oyó un maullido lastimero en una cesta de mimbre colocada en el asiento del acompañante.

Se percató entonces de la presencia de los autos de policía estacionados —habían acudido varios— y abrió los ojos de par en par.